

## RADU VANCU

### Canto XIII

Qué raro se me hacía cuando  
Mircea Ivănescu me decía que se  
afeitaba sin mirarse al  
espejo. Los pequeños cortes de  
su cara me parecían cada uno de ellos  
un poema absurdo. Los contaba  
como una antología.

Hoy me afeito y me lavo los dientes  
sin mirarme al espejo. Evitando ver  
mis ojos. Los ojos son la única  
parte del cerebro que se ve,  
no. Pero yo no soy contemporáneo  
a mi cerebro. Lo que es  
un privilegio. Prefiero

apoyar los ojos en  
la ventanita del baño. La cuchilla hace  
su trabajo en las mejillas y  
el cuello. Más tarde  
contaré los cortes como un  
rosario.

Mientras tanto, los que llegaron hace  
unos siglos a mi cerebro  
lo masacran con gruesas palancas  
de luz. Le hacen bien. Lo golpean  
como a un traidor y rebelde.  
Es lo que es.

Y si de vez en  
cuando emite gemidos casi  
humanos, no os dejéis impres-  
sionar. Yo no lo hago. Sus gemidos  
y yo no somos  
contemporáneos. Destruído bajo  
las palancas de luz, este  
cerebro que tenía el aire de  
una víctima perfecta  
de hecho lo era.

Él también contará algún día  
los desastres como una  
antología. Esto también será  
un privilegio.

## Canto XIV

Un día este día también será cegador  
como un manicomio  
y estoy destrozado de tanto vivir.

Tenía 17 años y era mozo  
en un almacén al por mayor en Siretului  
y descargaba diez toneladas de azúcar  
yo solo en dos horas  
y no estaba ni la mitad de  
destrozado que ahora, cinco minutos después  
de dejar a Sebastian en la  
guardería. Tenía 19 años papá se había ahor-  
cado casi un mes antes y yo era  
Kierkegaard y vodka  
y no estaba ni un cuarto de  
destrozado que ahora. Tenía quién  
sabe cuántos años y me seguía apartando  
de la poesía y estaba  
destrozado y cegado como después  
de diez toneladas de azúcar.

Como después de diez días de  
Kierkegaard y vodka.

Éramos tres mozos en Siretului,  
yo el más joven y el único que trabajaba  
en negro. Cargábamos toneladas a diario  
y las cajas de madera estaban llenas de  
clavos y nuestros hombros ensangrentados  
eran tan dulces como el azúcar. Como Søren.  
Como el vodka. Uno de los mundos  
perversos que te dan  
la ilusión de que la poesía realmente  
existe e importa. En los que el cuello  
sabe que es ahorcable y canta  
de felicidad. En los que la mente  
está llena de azúcar y maldad  
y sabe que un día  
este día cegador  
va a ser real y va a ser  
el mismo manicomio.

Tú, cuello ahorcable, tú, corazón  
de vodka y azúcar - lo sé, cargáis  
toneladas a diario y seguís apartándoos  
de la poesía. Pero calmaos,  
os lo juro por el perchero en el que  
cuelgo por las mañanas el abrigo  
de Sebastian en la guardería:  
un día, el vodka y Kierkegaard  
dejarán de existir. Seremos  
orugas viejas. Dejaré de sufrir.

## Canto XXV

Valla blanca de madera: la mochilita  
de niño iluminando todo  
el cementerio.

Valla blanca de madera: niño apretando  
la muñequita contra el pecho y precipitándose  
hacia el sueño como desde  
una sillita.

Valla blanca de madera: ojos de niño  
moviéndose en sueños al ritmo  
de una cuerda que se  
balancea.

Oh, sí, Anne Sexton, claro que  
se pueden construir vallas blancas  
de madera que mantengan  
las pesadillas alejadas. Se pueden construir  
mundos enteros en los que el pensamiento  
no despedace el cerebro. En los que  
la inocencia no sea solo para  
niños y devastados;

y nuestra mutilación  
subtitulará llena de ternura  
la manera en la que la madre llama al niño  
a la mesa;

y en alguna parte en la feria  
nosotros, los "periferiáticos", escribiremos  
elegantes cantos domésticos  
sobre la mutilación.

Pero para  
quién.

## Canto XXVII

Papá, ya me has hablado demasiado,  
es suficiente, desde ahora te hablaré yo.  
No en sueños, de verdad.

Te lo digo claro desde ya mismo:  
por mucho que ame tu suicidio,  
yo no me suicidaré.

Por muy tecnicolor que sea la muerte,  
por muy guapos que seamos los dos  
en la película de nuestros suicidios dirigida

por ese mismo, por mucha  
poesía pura que haya en los manuales de suicidología -  
no me suicidaré.

Yo también me corté los brazos con una cuchilla,  
tengo más cicatrices  
que fotos de los dos juntos, o solo tuyas.

Me bebí tazas enteras de alcohol metílico,  
esperando horripilado morir directamente,  
no despertarme ciego al día siguiente.

¿Te crees que no sé lo dulcemente  
que penetra la cuchilla en la carne  
del antebrazo, bajando cada vez más

por los cortes jugosos de sangre  
por los que pasará salpicando  
el carro de ruedas doradas de Dios?

¿Te crees que no veo cómo las cicatrices se vuelven  
luminosas como niños mimados  
cada vez que pienso en ti?

He envidiado, todavía envidio hasta el desmayo  
a los muertos tan inmersos en su silencio  
como rosas que se huelen a sí mismas.

Pero papá, esas rosas son sin porqué,  
florecen como las personas se suicidan.  
No tienen otra solución. Yo tampoco:

Después de cortar la cuerda alrededor de tu cuello,  
tú solo podías mirarme a mí a los ojos.  
Yo miro a los ojos a Sebastian.

Y ahora, solo entre tus rosas,  
tú solo puedes mirar a los ojos a Dios.  
Mientras que yo miro a los ojos a Sebastian.

Así que entiende y perdona, papá -  
no me suicidaré.

(Y solo esto es, de hecho, un suicidio).

Del volumen 4 *A.M. Cantos Domésticos*, (Casa de editură Max Blecher, 2015)

Qué te dice uno de tus más queridos  
muertos, el muerto más amado  
cuando la conciencia te deja soñar:

“Querido, aquel día en el que el sol de noviembre  
era cálido como un cadáver fresco  
y yo me moría en tus brazos

no me imaginaba que aquí  
donde todo está espantosamente bien,  
hay un aire fuerte como el vodka, te tiemblan las piernas

y te araña el estómago, tanto que te espero  
cada día más arruinado,  
más borracho, más desfallecido.

Tu no tengas prisa, ocúpate de vivir,  
yo aquí saldré adelante  
hasta que vengas tú -

como la sopa agria tras la dulce borrachera,  
como el yogurt sobre el hígado con esteatosis,  
como la glucosa en las venas maceradas.

Incluso aunque el aire de aquí me vuelva cirrótico  
no tengas prisa, que aquí ya no tengo donde morir.  
Creo. Así que vive tu felicidad,

te comeré con los ojos cuando vengas,  
no me llegará ni para una muela, cierto,  
y me estrecharás, como entonces, en brazos

bajo el sol cálido de aquí,  
y puede que esta vez me recupere,  
que tu abrazo de muerto fresco

me penetre como una inyección de adrenalina  
en el corazón. Estate vivo, estate feliz de tu vida viva,  
por ridículo que suene esto.”

Aquí te levantas con las mejillas ardientes y el cerebro  
empañado en la cazoleta del cráneo como una patata caliente,  
mucho tiempo hervida para una mesa pobre.

Qué te dice uno de tus más queridos  
muertos, el muerto más amado  
cuando la conciencia te deja soñarlo:

“Cuando yo era un niño, hablaba como niño,  
cuando estoy muerto, hablo como muerto  
y, tal como el niño murmura en gorjeos lo que decís

así nosotros murmuramos lo que decís  
sólo que en el más allá todo va al revés:  
todo lo que decís lo contradecemos rápidamente

para mantener el equilibrio entre mundos. Y  
si vosotros habláis, como se dice,  
siempre bien de los muertos,

entonces a una sola voz nos apresuramos  
a hacer todo lo contrario:  
a hablar siempre mal de los vivos

y cuanto más habláis de nosotros, empalagosos  
de amor y dolor, siempre mejor,  
más hablamos nosotros, envenenados de amor

siempre mal. Cuando lloráis, nos reímos,  
con tanta cólera os insultamos  
hasta que todo empieza a encauzarse

y el mal construye a nuestro alrededor  
una urbanización tranquila y verde  
con casas adecuadamente luminosas

con cortinillas adecuadamente limpias  
con madres adecuadamente jóvenes y hermosas  
mandando a sus adecuados niños a la escuela,

con padres con vidas adecuadas, en las que el suicidio  
no se inventará jamás  
un mundo adecuado y luminoso

como si brotara del cerebro de un ideólogo demente  
como decía, una señal de que todo se ha encauzado.  
Mas estad preparados -cuando nosotros hablemos bien

tendréis el corazón en el infierno y desesperaréis  
pues nuestro amor todo soporta  
y no tiene en cuenta el mal. No hay escapatoria para nuestro amor.

Jadeas, no como tras el sueño, sino como tras el amor, y casi riendo.  
Pues antes o después sucederá.  
Algún día nuestros muertos rezarán por nosotros.

Del volumen *La sogă florecida* (Casa de editură Max Blecher, 2012)